



El dinosaurio de Daniel

Dino era un dinosaurio de goma del tamaño de un balón.

Tenía ojos almendrados, bracitos de bebé y una boca risueña, llena de dientecitos puntiagudos, que te hacían quererlo como si fuera un cachorro. Cuando Daniel era más pequeño, Dino había sido el protagonista de sus juegos: siempre lo llevaba al parque, dormía y se bañaba con él, y no lo soltaba ni para sentarse en el orinal. Hasta le había tatuado su nombre en la barriga. Pero en una limpieza a fondo de su habitación, su madre lo había tirado a la basura, pensando que hacía tiempo que Daniel no jugaba con él.

—¿Qué habéis hecho? ¡¡¡Dino era mío!!!
¿Por qué lo habéis tirado?

—Vamos Daniel, no te pongas así...

Había sido un error imperdonable, pero ya no tenía remedio. De modo que su padre le dijo:

—No era más que un juguete viejo.

Evitando mirarle a los ojos, añadió:

—Estaba gastado y descolorido. Y casi no jugabas con él.

—¡Quiero mi Dino! ¡Es mío, devolvédmelo!

Su padre y su madre aseguraron que pronto lo olvidaría, pero el niño gritó:

—¡¡¡Eso no es verdad!!! —y se encerró en su habitación dando un portazo.

Al cabo de dos días era domingo. La prima Marta fue a jugar con Daniel y cuando se enteró de lo que había pasado con Dino se disgustó mucho:

—¿Que lo tiraron a la basura? Pero... —a ella también le encantaba aquel muñeco, ¡cuántas horas se había pasado Dino sentado a su lado, mientras Daniel y ella leían cuentos o miraban juntos alguna película en televisión!—

¡tienes que hacer algo, Daniel! No puedes dejar que Dino...

—¿Y qué quieres que haga?

—¡Habla con el Chatarra, el traperero! Haz que lo busque. Consigue que te lo devuelva, porfa...

Daniel miró a su prima como si acabara de volverse una marciana:

—¿Tú estás loca o qué? Dicen que ese traperero, cuando desapareció aquel niño... ¿te acuerdas? Bueno pues que ... ¡que él tuvo algo que ver! Ese tío es peligroso...

—Pero lo encuentra todo. Puede hacer magia y, si realmente lo deseas, te devuelve lo que se te ha perdido...

—¿No me dirás que todavía crees en esas tonterías? ¡Ja, ja, qué burrada!

Marta se puso más colorada que un tomate, pero le contestó que, si aquello eran tonterías, le daba igual.

—Todos los sábados pasa por delante de mi casa, se lo podríamos preguntar. ¡No perdemos nada por intentarlo! Porfa, Daniel...

—Vaaaaale, de acueeeeerdo, ya iré.

Pero el día acordado, Daniel no se presentó. Marta se pasó toda la mañana espiando la calle desde una ventana y cuando vio aparecer al lúgubre perdulario, con su carrito cargado con un montón de trastos que había acumulado, bajó corriendo por las escaleras, cruzó el portal y gritó:

—¡Se-señor, espere señor!

El Chatarra gruñó como un perro enfadado y continuó caminando hacia el contenedor de reciclaje. Una vez allí, se puso a examinar lo que la gente había tirado:

un taburete plegable, una impresora averiada, unos botes de pintura...

—¡S-señor! —tartamudeó Marta, cuando le alcanzó

— ¿P-por casualidad, ... la semana pasada, ...n-no habrá encontrado usted un di-dinosaurio?

Entonces el hombre se volvió bruscamente y, de golpe, la cara llena de arrugas del Chatarra se acercó mucho a la de la niña. Mostrando una hilera de dientes desiguales del color de los caramelos, exclamó:

—¿Un dinosaurio? ¡Sí, claro! Tengo uno en casa, pero es más grande que una



montaña y, desgraciadamente, no me ha podido acompañar esta mañana. ¡Lárgate, si no quieres que lo traiga para que se te coma!

Marta continuaba temblando de miedo, pero no se echó atrás:

—Y-yo quiero decir un dinosaurio d-de juguete. Es de goma: así, del tamaño de un balón.

—¡Ah, “ése”! También lo tengo, pero no te lo puedo dar.

—¿Por qué no?

—Porque no es tuyo.

—Pero es de un primo mío y t-tiene su nombre grabado en la barriga.

—¿El nombre del dinosaurio?

—No, el de mi primo: se llama Daniel.

Refunfuñando, el Chatarra se puso a hurgar entre los trastos que llevaba en el carrito con un garfío y, de repente, unos ojos marrones preciosos aparecieron entre el montón de trastos. Marta exclamó:

—¡Está ahí!

El Chatarra tuvo que desenredar varios alambres. Después sacó a Dino y, mirándolo muy de cerca, comentó:

—En una cosa llevas razón, tiene el nombre de Daniel grabado en la barriga. Pero sigo sin podértelo dar.

—¿Por qué? ¡Este dinosaurio es muy importante para mi primo!

—¿De verdad?

—Sí...

—Pues si tanto le interesaba a ese primo tuyo debería haber venido él a buscarlo, o sea que... ¡fuera!

Marta dio una última mirada al pobre Dino y suspiró. Agachó la cabeza, le dio un puntapié a una piedrecita que había en el suelo, se volvió muy lentamente y empezó a caminar de vuelta al portal de su casa.

Pero antes de que tuviera tiempo de dar más de tres pasos, el viejo gritó:

—¡Espera un momento! —el Chatarra había vuelto a examinar la barriga de Dino: no lo había guardado—.

¿Tú te llamas Marta?

—¿Cómo lo sabe?

—¡Coge esto y déjame en paz!

Marta recibió el muñeco con un golpe en el pecho. Lo abrazó y echó a correr hacia casa, gritando:

—¡Muchísimas gracias, señor!

Al día siguiente la niña volvió, como cada domingo, a casa de Daniel. Llevaba a Dino escondido en una bolsa porque le quería dar una sorpresa. Pero cuando entró en su habitación se lo encontró muy entretenido con otro juguete. Su primo ni siquiera le preguntó si había visto al traperero, y cuando Marta le quiso explicar la manera como le había ido a buscar y lo valiente que había sido persiguiéndole y hablando con él, Daniel le soltó que no valía la pena andar por la calle poniéndose en evidencia por un maldito dinosaurio de goma:

—El Chatarra es un... un... un indeseable. Y de todos modos mis padres ya me han comprado algo mejor.

¿Qué llevas ahí?

—Nada, déjalo correr...

Marta intentó apartar la bolsa, pero su primo la había cogido y los ojos almendrados y la tierna sonrisa de Dino aparecieron, haciendo que el niño exclamara:

—¿¡Lo has encontrado!? ¡Es Dino, mi Dino...!

—Ya no.

—¿Cómo que no?

—El Chatarra le ha hecho... un cambio: mírale la barriga.

Daniel obedeció. ¡Y se quedó pasmado!

—P-pero... ¡esto no puede ser!

Donde siempre había estado su nombre, ahora había aparecido el de su prima: Marta.